

El vientre del filósofo

Siempre recordaré este verano que parece invierno. En lugar de un vigilante de la playa, este verano quien ha venido a socorrerme es un vigilante filósofo que me vio batir las alas de mi “angelismo más insustancial” y se lanzó presto a salvarme de morir ahogada en mi propia resaca de “graves incongruencias”, de “enormes vacilaciones” y, lo que es peor, de “fallos doctrinales que contaminan todo el quehacer práctico” de Gesto por la Paz. Sin embargo, yo tengo la sensación de que en este proceso de salvamento mis ideas han sido pasadas por su vientre, más que por su cabeza o su corazón, y han sido regurgitadas de forma despectiva y displicente con el ánimo de dejarlas enterradas para siempre bajo el peso de la autoridad del experto filósofo, porque, si no y como él dice “así nos va, naturalmente”. Ahora, yazgo sepultada bajo el Ferrater Mora para expiar mi culpa por haber expresado pensamientos que “colaboran con la perpetuación de nuestra tragedia colectiva”, que “animan a rendirse a la barbarie o a no ofrecerle la debida resistencia”, y que suponen “querer una paz a cualquier precio y aunque fuera una paz injusta”. Y el caso es que, incluso aquí, bajo el peso de todos los tomos de filosofía que he podido encontrar, sigo pensando y me sigo reafirmando en lo que ya manifesté en mi ignominioso artículo, titulado “Contra todas las muertes” (disponible en EL CORREO, 7 de julio y en la página web de Gesto: www.gesto.org).

Aparte de las particulares maneras que tiene este filósofo para estimular el “ejercicio del pensamiento”, vayamos a la discusión de las ideas, que es por lo que compartimos el mismo interés, al parecer. En primer lugar, tendré que recordar que mi texto se refiere a un fenómeno de violencia bien concreto de nuestra realidad. Es decir, no es un tratado universal que se pueda extraer de este contexto ni hacer extensible en el lugar y en el tiempo a toda la humanidad y a todos los conflictos violentos que hay en el mundo. Dicho esto, parece que la primera idea lacerante detectada por el catalejo de nuestro filósofo es aquella que defiende “el valor supremo de la existencia humana y la condena absoluta de todas las muertes”. De esa frase, terrible a todas luces, al filósofo no le queda más remedio que interpretar que eso significaría “una existencia reducida a una simple naturaleza biológica”. Da igual que vivamos en Europa y en el siglo XXI, donde yo no puedo concebir la vida o la existencia humana de otra manera que no sea aquella que une indisolublemente su biología con la “dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana” que proclama la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, porque lo importante aquí no es entender sencilla y estrictamente lo que se dice, sino interpretar hasta extraer el significado perverso que deben ocultar estas personas “impulsadas por excelentes propósitos”, pero que viven en el “limbo de los justos”.

La segunda idea maligna que señala el filósofo es aquella en la que yo expresaba cómo las vidas, incluso las de quienes están en disposición de matar, están por encima de cualquier causa y cómo, por tanto, ningún muerto es bueno ni necesario. Para el filósofo, en cambio, sí hay muertos buenos y malos. Según él, “buenos serán los que hayan caído por una causa justa, y malos, los contrarios; unos, los que se han servido de medios racionales, y los otros de recursos bestiales”. He de decir que, aquí, el entendimiento del filósofo no ha llegado ni a rozar de lejos el significado de mi frase debido a mi torpeza sintáctica, sin duda. Lo voy a decir más explícitamente. La lógica de la violencia, que no la mía, supone que los muertos buenos pertenecen al bando del enemigo (sean los buenos o los malos en sus actitudes para la convivencia humana) y los muertos malos pertenecen al propio bando (sean los buenos o los malos). De esta manera, para un terrorista será un muerto bueno un policía, un concejal, un periodista... (gracias a su lapsus analítico, los mismos muertos buenos que indica el filósofo), mientras que un terrorista sería un muerto bueno para todos los que estamos en contra de su violencia. Ahora bien, dado que yo estoy en contra de la violencia terrorista y de su lógica, estoy también en contra de todas sus consecuencias y aquí incluyo, desde luego, la muerte del propio terrorista, porque, insisto en pensar que su violencia no es necesaria y, por tanto, son evitables todos sus resultados. De todas formas y errores de comprensión aparte, el filósofo no debe preocuparse, porque soy capaz de entender lo que ha querido decir. De hecho, hay gente que

comparte su idea y ya lo ha dicho antes. Por ejemplo, hace dos años, cuando explotó un coche en el barrio bilbaíno de Bolueta con cuatro miembros de ETA dentro, Santiago González, en nombre de un colectivo llamado “Egia, Justizia eta Oroitzapena”, publicó una carta en el diario Gara en la que decía que “Gesto por la Paz, hipócritamente, incluyó a nuestros familiares dentro de su ‘ámbito de dolor’ para después insultarlos diciendo que ‘escogieron voluntariamente el camino de la violencia’ (...) Es más coherente quien como ‘Basta Ya’ o los grupos ‘constitucionalistas’ del Parlamento de Vitoria, recogiendo claramente una posición política se limitan a homenajear a los suyos. Aunque la división les haya llevado últimamente a crear muertos de partido y enfrentar los sufrimientos y homenajes de cada cual”.

Por último, la tercera infamia que me imputa el filósofo es la de estar en contra de la violencia legítima “pues como se admita una violencia legítima por parte del Estado de Derecho se desmoronarían los pronunciamientos anteriores”. Puesto que creo haber desmantelado las malas interpretaciones de las dos ideas perversas previas desde las que el filósofo infiere esta conclusión, no tendría ni por qué explicar lo que yo jamás he dicho ni escrito. Aún así, aprovecharé la ocasión para expresar lo que pienso de la violencia legítima del Estado. Por mi, ojalá nuestro derecho a la seguridad no dependiera de ella y fuera totalmente innecesaria. Como sé que, por desgracia, no es así, fundo su legitimidad en su control y limitación, no en el mero hecho de que la ejerza el Estado. O, como ya indicó con más sabiduría que yo el profesor José Ignacio Calleja “el uso democrático de la violencia legítima siempre es reglado y reducido al mínimo imprescindible y su propósito directo jamás puede ser terminar con la vida de una sola persona”.

Desde este verano que parece invierno, siempre me quedará el pesar y la tristeza de haber sido la autora de un texto que ha servido para tratar de deslegitimar toda la labor de Gesto por la Paz. Un filósofo ha venido a salvarme con su flotador de “saberes científicos –precisos, necesarios, universales-“ que siempre sobresaldrán sobre el cenagal de los “meros pareceres, siempre relativos a gustos o intereses” en los que vivimos los simples de “buena intención, pero escaso rigor”. Sin embargo, del peligro de ahogarme en mi “debilidad argumental” he pasado a sentirme ahogada en el riguroso vientre del filósofo. Tal vez, ahora puedan socorrerme los ejemplos de Knut Hamsun, Luigi Pirandello, Martin Heidegger o Jean Paul Sartre, sin que por ello quiera yo acusar al filósofo de stalinista o fascista, sino simplemente avisarle de que, como acaba de decir Claudio Magris en la Universidad Menéndez Pelayo, “ser un intelectual no garantiza una conciencia crítica superior al resto”.

Ana Rosa Gómez Moral